

## El jardín de Sol Acín

Origen del poema de Sol Acín:  
Revista de la Universidad Laboral de Zaragoza, 1973

*Y si esa pequeña flor  
yà está comida,*

*si la palabra ha muerto,  
la que nunca salió como una antorcha  
ni grito, ni osadía*

*Si lo que fue plazuela  
se ha convertido en selva utilizable*

*Si la pureza existe  
para mejor vivir cada mañana.*

*Cansada de la muerte  
Cansada del ejemplo de la muerte  
Cansada del necesario ejemplo de la muerte  
violenta*

*Si la esperanza fuera  
carne de hombre planetaria y fría*

Sol ACIN



Una de mis últimas satisfacciones vitales ha sido el descubrir a la poeta Sol Acín. Me siento culpable por no haberla leído hasta los cuarenta años de edad, teniendo en mi biblioteca un buen número de libros de autores oscenses. La culpa es uno de los asuntos de los que trata la poesía de Sol Acín, la culpa y el origen del mal. Ella lleva la cuestión hasta la metafísica, hasta las últimas intuiciones, cuando, por su biografía, pocas personas como ella podían haberse limitado a señalar culpables. Hay en la poesía de Sol Acín un intento de buscar un lugar desde el que reposar y ser feliz, abrir su libro “En ese cielo oscuro” es asomarse a ese jardín.

La obra de Sol Acín es minúscula –un solo libro, aparte de algunos textos sueltos y traducciones–, fue escrita de un modo geográficamente disperso –Francia, Alemania, España–, y generacionalmente se encuentra apartada de los círculos que entonces tenían eco. Todo esto se ha señalado para tratar de explicar el olvido en el que a veces parece haber caído esta autora. Da la impresión de que Sol Acín hubiese decidido tener una paciencia larga consigo misma, una paciencia que también tiene que ver con la recepción de su obra y los valores que contiene: el encontrar un lugar en el que seamos seres dignos, capaces de amar, respetuosos; la idea de que el cambio de la totalidad, de producirse, ha de empezar por uno mismo; la intuición de que la paradoja es lo que a menudo mejor nos expresa... Echando un vistazo rápido a su biografía, parece estar llena de aparentes contradicciones: con formación como violinista, la vemos en las fotografías junto a instrumentos musicales, cuando se dedica a escribir; vive en Colonia y se casa con un músico alemán, cuando se hace profesora de francés; escribe, cuando luego deja que se amarilleen las hojas en una carpeta, sin mostrar interés por publicar. Se puede decir que hay una paciencia de raíz estoica en sus poemas.



Sol Acín, además de ser víctima de orfandad por fusilamiento, ha sido también en cierto modo víctima de la división incivil de su país. La mística de sus poemas no casa bien con la oficialidad católica de la España de los años cuarenta y cincuenta, el infinito que busca Sol Acín está en el jardín de su casa, tiene más que ver con un panteísmo a lo Walt Whitman, o una ataraxia estoica, o con Spinoza, que con otra clase de trascendencia. Ella misma lo explica al comienzo de uno de sus mejores poemas, “Los momentos dichosos”. Por otro lado, como otras veces se ha señalado, tampoco casa con las vertientes de la llamada poesía social o testimonial, siendo el suyo un tono de intimismo reflexivo que da lugar a versos poco acordes con una visión revolucionaria o violenta, como aquellos con los que comienza su poema “La solución del todo”. La poesía de Sol Acín apunta entonces hacia una zona falsamente intermedia que me seduce, aunando tradiciones que van del renacimiento español a la poesía oriental, pasando por la lírica idealista alemana. Siendo una “rara” en el panorama español, acaba por hacer una poesía muy española, algo mística, en la línea de San Juan de la Cruz o Fray Luis de León –e incluso de Miguel Hernández–, reinterpretados desde una modernidad herida y a la vez luminosa.

Sol Acín nos hace revisar nuestro pasado literario, el orden de nuestras bibliotecas. Enhorabuena a los que, treinta años después, la han reeditado.